

TANATOGRAFÍA Y EXPERIENCIA DE LO IMPOSIBLE. CONSIDERACIONES EN TORNO A LA LECTURA DERRIDIANA DE FREUD

*TANATOGRAPHY AND EXPERIENCE OF THE IMPOSSIBLE.
CONSIDERATIONS ABOUT DERRIDA'S READING OF FREUD*

Francisco Vega*

Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
Valparaíso-Chile

*Recibido 4 de junio 2013/Received June 4, 2013
Aceptado 26 de agosto 2013/Accepted August 26, 2013*

RESUMEN

En esta breve meditación intentaremos dar cuenta del interés que tendría para el pensamiento derridiano el texto de Freud *Más allá del principio de placer* de 1920. Articularemos, para tal propósito, algunos textos fundamentales de Derrida para abordar finalmente qué es lo que pretende ser elaborado en esa relación Freud-Derrida. Intentaremos de tal forma meditar qué mienta ese guión en su relación con las premisas destacadas por el psicoanálisis freudiano en torno a la pulsión de muerte y constituir con esos elementos (psicoanálisis y deconstrucción) cierta plataforma de análisis para pensar lo político y el mal.

Palabras Clave: Repetición, Pulsión de muerte, Aparato psíquico, Huella, Diferencia.

ABSTRACT

In this brief meditation we will try to account for the interest that would have to derridean thought Freud's text Beyond the Pleasure Principle (1920). For this purpose, some basic Derrida's texts will be articulated to address what is ultimately to be developed in the link Freud-Derrida. So try to think what that script tool in relation to the premises highlighted by Freudian psychoanalysis about the death instinct mean and establish with those elements (psychoanalysis and deconstruction) some analysis platform for the political thinking and evil.

Key Words: Repetition, death Drive, psychical Apparatus, Trace, difference.

Introducción

Esta meditación puede entenderse como una introducción a la lectura derridiana de Freud, ya que, si bien atendiendo a los textos que Derrida consagra a Freud, un estudio exhaustivo de las relaciones entre psicoanálisis y deconstrucción requeriría no solo un balance de ciertas premisas deconstructivas elaboradas por Derrida tempranamente y un estudio que diera cuenta de los problemas que van movilizándolo su trayectoria intelectual, sino un conjunto de polémicas que se van sumando al

proyecto psicoanalítico y deconstructivo, es decir, un problema de archivación al que, por lo demás, contribuyó decisivamente tanto Freud como Derrida.

Nos contentamos acá con señalar una cuestión no exenta de dificultad. Se trata de destacar el fundamento de la atención que Derrida presta a *Más allá del principio de placer* y cuyos signos visibles operan no solo en la polémica con Foucault, por ejemplo, sino en la problematización de diversos asuntos hasta la preocupación por los objetos sociales en su última fase¹. Veamos.

* Dr. Johow 550. Departamento 11-D. Ñuñoa. Santiago de Chile. E-mail: franciscovega.c@gmail.com

I. Más allá del principio de placer: Devenir sujeto del organismo o intimidad-extimidad

La fecha de establecimiento de *Más allá del principio de placer*, como es destacado ya por James Strachey (1992, p. 6), es 1895 y no propiamente 1920, ya que sus premisas están relacionadas con las primeras tentativas freudianas del *Proyecto de una psicología para neurólogos* y que madurarán en 1920 en cuanto a la técnica de indagación, siendo entonces esa fecha donde cobrará vigor la apertura del trabajo de la idea de repetición. Y es que en el *Proyecto* se asientan las bases de la visión cuantitativa del psicoanálisis freudiano como una *Nature Wissenschaft* o visión naturalista-mecánica, que será la égida de un esquema mental estructurado en tres ejes fundamentales, a saber, los estímulos, la descarga y la recarga, cuya mecánica operará mediante los principios de inercia y de constancia teniendo como problema cordial las alteraciones producidas por el desajuste en las cantidades de excitación en el sistema nervioso, y que puede entenderse como tensión interna. Un análisis de estos principios revela, de acuerdo con el estudio de objeciones fundamentales que pueden efectuarse² que el interés freudiano gira, ya en 1895, si bien bajo ese ímpetu mecanicista, en torno al sistema estructural del aparato psíquico y los procesos primarios. Lo destacado ya entonces será la inercia, pero en el terreno de la vida anímica y no de la biología.

De este primer esquema estructural mecánico dimanará una teoría del sujeto (devenir sujeto del organismo como se verá), cuyo fundamento será el desarrollo especulativo de la pulsión de muerte. Pues bien, ¿cómo y qué es lo que destaca Freud en *Más allá...*? ¿Qué estatuto tiene el establecimiento de sus premisas respecto del sujeto o la subjetividad respecto de la tradición? ¿Qué nos convoca a pensar? Estas preguntas deberán movilizar en adelante nuestro propósito. Para ello articularemos los momentos del texto freudiano con vistas a elaborar ciertas hipótesis generales para introducir la lectura derridiana. Quiero detenerme, para ello, en ciertos pasajes para ofrecer un pequeño balance final en torno a Freud.

El capítulo 1 del texto de Freud (1992a), cuyo cuerpo más o menos definitivo fue presentado en *La Haya* como Complemento de la doctrina de los sueños, bosqueja el camino de los siguientes capítulos. Se trata, entonces, de pensar si hay o no

una dimensión que sobrepase esa primera y taxativa afirmación: “En la teoría psicoanalítica adoptamos sin reservas el supuesto de que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer” (p. 7). Con ello se introduce al fin la idea de repetición que vendría a cuestionar el primado del principio de placer. Pues bien, para equilibrar la tensión interna, el proceso primario va al placer evitando o descargando estímulos. Esta lógica apunta y describe el primer capítulo. Estando en el plano de la homeostasis del organismo, el curso de los procesos anímicos es regulado por el principio de placer. Freud hablará luego de rupturas de este gobierno del placer.

Será, al fin, con las neurosis y con el análisis del juego infantil de su nieto Ernest que se va haciendo patente la idea de una compulsión a la repetición que tomará carácter de pulsión, tras el análisis de la neurosis de transferencia, ya que la tesis preliminar esbozada por Freud señalaba que la repetición de una escena desagradable iba acompañada de placer, aunque de otra índole. Pues preguntándose por qué se repetiría algo que no es placentero, y ya manifestando su tópica y dinámica, Freud señala posteriormente que lo experimentado como displacer puede, no obstante, ser vivenciado como placer para otro de los sistemas psíquicos, como se sabe, placer del inconsciente.

Ya en esta primera y sucinta caracterización se aprecia que el placer que produce al sujeto cobra rasgos malditos, maldito en cuanto se resiste a ser regulado, y que se opondría a ese primer placer de sensación asociado a la homeostasis. La pulsión de muerte cobrará todo su vigor una vez estudiadas aquellas escenas que no conllevan ninguna experimentación de placer, en ninguno de los momentos de la tópica-dinámica. Ese rasgo maldito es precisamente entonces destacado en cuanto, complementariamente a las pulsiones yoicas o de autoconservación, se da esa dimensión que impele a un sujeto a un estado anterior o escena mítica (que constituye fundamentalmente el desarrollo de una simbología freudiana claramente patente en el detalle del *fort/da*).

El devenir sujeto del organismo puede entenderse como resultado de un primer momento, donde el sujeto de la primera caracterización homeostática en torno al placer tiene, posterior e inexorablemente, que volver a esa escena mítica anterior de la cual dimana esa parte maldita. Sujeto, entonces, articulado basado en esa repetición mortal, y que por lo

tanto destituye toda plenitud de edificación, o todo deseo de apropiación.

En otro texto marginal, que interesó profundamente por su parte a Derrida, puede detallarse este rasgo diabólico en un catálogo exhaustivo. Se trata de *Lo siniestro*, donde a través de dos métodos (pesquisar el lenguaje y análisis de los objetos que producen esta cualidad de sentimiento) se llegará a lo mismo: lo siniestro será aquella variedad de lo terrorífico que se remonta a lo más familiar. Freud, como se sabe, intentará responder cómo es que lo familiar deviene terrorífico, dando cuenta, después de un excursus etimológico, que entre los múltiples sentidos de *Heimlich* uno concuerda con su opuesto, a saber, *Das Umheilige*, siendo entonces lo siniestro una variedad de *Heimlich*³.

El catálogo de lo siniestro, estructurado a partir de relatos de Hoffmann y detalle de experiencias personales, revelará lo siniestro como el retorno no deliberado que se puede deducir de momentos de la vida infantil. Nuevamente, la compulsión de repetición confiere cierto carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica, sintiéndose como siniestro, al cabo, aquello capaz de recordar esa compulsión interior de repetición. Lo siniestro no se trata de algo nuevo sino de algo familiar a la vida anímica, enajenado solo por la represión. De ahí la cita freudiana de Schelling: “Lo ominoso es algo que, destinado a permanecer oculto, ha salido a la luz”. Lo siniestro del vivenciar se produce cuando complejos infantiles son reanimados por una impresión. La égida de los textos señala, entonces, que lo propio es al fin una desapropiación, pues lo propio es la muerte o esa parte maldita. El movimiento de reapropiación tendría como propiedad esa desapropiación basal.

Con todo, se puede señalar que en los tres primeros capítulos del texto freudiano habría tres tesis destacables que nos interesarán en nuestro análisis, a saber:

1. Las hipótesis psicoanalíticas son las hipótesis del placer.
2. Freud da cuenta de una economía libidinal, de la cual se puede entender, en la medida que nos enseña la incommensurabilidad del valor y en la medida que señala o indica un desarrollo cultural onto-filogenético, que es siempre política⁴.
3. La política así mentada por Freud es la política del mal, del mal del inconsciente.

El texto freudiano señalaría estas tesis en un primer apartado donde se problematiza el trabajo del estado anímico con lo real. Así, se va haciendo manifiesto el desarrollo de dos dimensiones del placer: por una parte el placer de sensación del organismo (homeostático) como búsqueda consciente y, por otra parte, una dimensión del placer como fuerza maldita que suena ya en el primer apartado y que tiene relación con aquellas situaciones que inhiben el principio de placer analizadas en la cura analítica.

Esta dimensión tomará todo su vigor en un segundo apartado, constituido por los cuatro últimos capítulos, en los que Freud se sumerge en la interioridad de ese aparato anímico configurado pero con el fin de mostrar, como hemos indicado, que lo más íntimo es lo más exterior, tratándose así de la relación entre esa intimidad y la extimidad, sobre la que tratamos. *Más allá...* puede ser seguido, con estos requerimientos, por medio de tres cuestionamientos fundamentales entonces:

1. Por una parte, como cuestionamiento por la escritura de la muerte (tanatografía como escritura de sí).
2. Por otra parte, un cuestionamiento por los preceptos éticos, religiosos, jurídicos y políticos y, finalmente,
3. Un cuestionamiento por la transmisión de un patrimonio inconsciente de los pueblos.

Estos tres cuestionamientos giran alrededor de eso que ofrecería paradigmáticamente *Más allá...* esto es, el destacar esa estructura repetitiva y mortal que busca volver inexorablemente a un estado anterior. Téngase en cuenta que para Freud, incluso las pulsiones yoicas son continuaciones de la pulsión de muerte. ¿Cómo entender esta parte maldita? ¿Qué es la escritura de la muerte? Señalemos, desde ya, que el aporte radical freudiano radica en establecer esa dimensión inconsciente de lo político, es decir, traer esa parte maldita de lo insimbolizable. Su aporte estaría en el reconocimiento y reconsideración de lo marginal, de lo olvidado, de lo reprimido, donde podría verse con claridad un isomorfismo con la economía general del proyecto derridiano quien, como sabemos, instala su propuesta teórica como rescate de lo marginado y olvidado por la *episteme* e *istoria* occidental, por el logofalocentrismo presencialista. Tengamos en perspectiva este primer indicio de nuestro propósito para detallarlo con más precisión.

II. Tanatografía y lógica agonal

Conviene precisar las ideas antes apuntadas. Una primera aproximación al texto freudiano de *Más allá...* podría correr el riesgo de quedar estancada en las dificultades que el mismo Freud reconoce a cada paso y en el reconocimiento de su carácter especulativo o ficcional. No obstante, esta ficcionalidad, reconocida en muchos tópicos, no impide a Freud elaborar sugerentes hipótesis de trabajo y avanzar en la investigación de las resistencias a las que aquellas han de someterse. Por otra parte, es preciso desde ya dar cuenta del peligro de una reificación de la pulsión de muerte como el mismo Freud lo señala: “si no queremos abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte, hay que asociarlas desde el comienzo mismo con unas pulsiones de vida” (1992a). Lo que mienta con esto Freud, es la inscripción de una relación complementaria indisociable. Un repaso somero de ciertos desprendimientos político-culturales que funcionan en el texto, a riesgo precisamente de esa reificación de la pulsión de muerte, sería una homologación con las hipótesis hobbesianas en torno al *homo homini lupus* como plataforma de la edificación política⁵. Freud en rigor va más allá, como atestiguará también el estudio de Derrida.

Mantengamos como hipótesis preliminar, a pesar de su generalidad, que habría a lo menos (pues siempre hay intervalos) dos paradigmas de asociación política. Uno correspondería al paradigma clásico que intentaría naturalizar los vínculos intersubjetivos. El otro, moderno, donde estaría Hobbes, sería el proyecto de desnaturalización de la vida comunitaria y tendría como figura paradigmática la idea del pacto o el contrato⁶. Se aprecia ya que el tema del mal está presente.

Ahora bien, no obstante este proceso de desnaturalización de los vínculos intersubjetivos, cabría insertar en el proyecto moderno la idea de una cierta ligadura previa o de un vínculo previo al vínculo sociopolítico. Más allá de la desnaturalización de la vida comunitaria, es precisamente a esta égida de vinculación o reciprocidad a la que vendría a oponerse el proyecto freudiano. Pues lo que mienta la pulsión de muerte, más allá de toda reciprocidad o vinculación, en el corazón mismo de la sociabilidad, es la idea de una desvinculación o desligazón fundamental. Esta desligazón sería el aporte de Freud funcionando a través de la pulsión de muerte, de la idea del mal como dimensión constitutiva de lo político.

El mismo esquema, evitando esa reificación de la pulsión de muerte, puede realizarse en torno al mal. Con Freud se aprecia el primer intento de pensar el mal de forma radical. Si la tradición quiso quitarle esencia al mal (privación decían los medievales) y la modernidad lo instaló al fin para conjurarlo, es con Freud con quien se abre otro paradigma que intenta dar cuenta de su realidad. Lo político así mentado no puede obedecer a la certidumbre de efectos recíprocos, sino a la dislocación radical, al abismo, a la a-topía, a lo no propio, que inscribe la pulsión de muerte. Es precisamente a esta atopía que respondería el carácter siempre en rodeo (*Umweg*) del texto freudiano dando cuenta así de una lógica diferencial o agonal, como señala Myriam Revault d’Allones⁷.

El devenir sujeto del organismo freudiano⁸ sería ese fondo abisal y abismal de destitución y desapropiación de toda subjetividad. El devenir sujeto sería ese fondo que inscripta la pulsión de muerte de manera que, en el momento de la apropiación, lo desapropia, siendo escrito por esa muerte (tanatografía), como sujeto diferencial o agonal. Con todo, inubicable entre dos textos que escribe la muerte. Esa tanatografía sería esa inscripción de la pulsión de muerte ahí donde una presencia o subjetividad parecía establecerse.

III. Tanatografía y experiencia de lo imposible

El sucinto balance efectuado como precedente, debería ya ponernos en perspectiva para abordar de forma específica el análisis y la recurrencia que tendría en el pensamiento derridiano el texto freudiano de 1920. Pues bien, cabe señalar desde ya, que Derrida está lejos de pensar, como podríamos haber sugerido al parecer, un giro o torsión radical en el psicoanálisis freudiano respecto de ciertos lineamientos tradicionales, sean clásicos o modernos. Ya en un texto canónico como *La Différance* (Derrida, 1989b) operaba un gesto doble de lectura que, rescatando para su estrategia general el problema de la huella instituida y de la impronta en el texto freudiano, analizaba su pertinencia o sobrepujamiento de la ontoteología y el logofalocentrismo. Ahora bien, la pregunta específica es el lugar que tendría *Más allá...* respecto de esa estrategia de la deconstrucción.

Pues bien, este posicionamiento estratégico respecto del psicoanálisis freudiano puede apreciarse

con claridad en lo que constituye el segundo debate con la *Historia de la locura* de Foucault (Derrida, 1998), donde es el problema del mal y de la muerte que juegan un rol preponderante. La lectura del proyecto foucaultiano emprendida por Derrida mostrará la posición de Freud destacando la figura de la *bisagra*, en la medida en que habría en el texto de Foucault un gesto ambiguo de posicionamiento respecto de Freud, donde este parece alinearse unas veces al proyecto moderno de exclusión y encierro de la locura y otras en su desbordamiento. Derrida intentará destacar de entrada el valor que tendría para una evaluación detallada ciertas premisas de Freud:

(...) yo intentaría ahora recordar la necesidad de tener en cuenta a un cierto Genio Maligno de Freud, a saber: la presencia de lo demoníaco, del diablo, del abogado del diablo, del diablo cojo, etcétera, en *Más allá del principio del placer*, allí donde el psicoanálisis, me parece, encuentra su mayor potencia especulativa, pero también el lugar de la mayor resistencia al psicoanálisis (¡pulsión de muerte, compulsión de repetición, etcétera, y *fort/da!*). (Derrida, 1998, p. 125).

El desarrollo problemático de las aporías foucaultianas mostrará para Derrida el trasunto de meditar cualquier clausura epocal y determinar en ella la figura señera de Freud. Lo que vendría a amenazar la *episteme* y sus certidumbres historiográficas sería aquello que precisamente contribuye a desmontar el proyecto de Freud, a saber, justamente, la idea de la amenaza perpetua, el abismo perpetuo de la muerte y la acogida de esa parte maldita. Así, para Derrida, Foucault tomaría el espectro de Descartes al condenar el cartesianismo-freudiano pero bajo sus mismos requerimientos, es decir, el genio maligno. Derrida mostrará consecuentemente que el proyecto de Foucault está posibilitado por Freud cuyo discurso, dividido y difunto, dialogaría con la Sinrazón al encarar el tema del mal y la muerte (Derrida, 1998, p. 149).

Al fin, la axiomática que quiere problematizar Derrida está ceñida lo más posible al texto de Freud de 1920 y sus problematizaciones, a saber, la identidad de sí, ya sea de la conciencia, la representación o la *episteme*. El que dialogue con este Freud se debe, como aducíamos, a que ofrecería precisamente un señalamiento crítico a la idea de un psicoanálisis o la *totalidad* del psicoanálisis (Derrida, 1998, p. 161) al cuestionar esa ligazón supuestamente inherente

que, como sabemos, destituye precisamente la pulsión de muerte.

Así, al hablar de un psicoanálisis múltiple o fragmentado es con el texto de 1920 con el que dialoga, al igual que en *Mal de archivo* donde la crítica historiográfica y arqueológica es movilizadora por la desfragmentación y destitución de la autoridad que consigna. Finalmente señala Derrida (1998): "(...) me preguntaría qué habría dicho Foucault (...) si hubiera tenido en cuenta (...) una aventura como *Más allá del principio del placer* (...)" (p. 164).

Imaginando una posible réplica, especula Derrida que Foucault le hubiera señalado el dejar de creer en la problemática del principio o en la pulsión supuesta más originaria que otra, pero, inmediatamente, agrega Derrida (1998): "Lo que Freud buscaba entonces, con los nombres de "pulsión de muerte" o "compulsión de repetición", ¿no es lo que, viviendo "antes" que el principio (de placer o de realidad), seguirá siendo siempre heterogéneo al principio de principio?" (p. 166).

La lectura operada por Derrida (1998) viene a destacar entonces precisamente ese rasgo diabólico del texto de 1920. Y a destacarlo como figura abismal, es decir, figura del rodeo, del diferimiento, de la desapropiación, incluso de sí, como principio autodestructivo que pone en escena, pero más allá de toda escena, el desplazamiento perpetuo en la edificación del sujeto y de toda edificación. Estrategia freudiana "abismal, inubicable, indomable, (...) finalmente sin estrategia" (p. 164) donde se destaca que la desligazón (social, por ejemplo) es la única condición de la ligazón o la apropiación (p. 54).

Es esa desligazón problematizada, lo que vuelve a su vez más político el texto de Freud. Es en torno al mal y la crueldad donde se medirán sus dimensiones políticas. "Es siempre alrededor de la palabra crueldad que la argumentación de Freud se hace más política".⁹ La tanatografía freudiana, al problematizar toda principialidad, toda jerarquía, toda consignación, toda edificación, se vuelve de suyo política, mostrando su situación abismal o agonal, como decíamos. Escritura de la muerte que permitiría la ligazón, pero siempre para diferirla, en rodeos, al fin, rodeos de la muerte. Tanatografía que es el *entre* del sujeto: su edificación-destitución. Problematizando más estas aporías, Derrida intentará ver la posibilidad de un imposible más allá de la pulsión de muerte.

Lo que abriría Freud de forma radical sería una vía para pensar precisamente la crueldad radical.

El único, al parecer, “sin coartada”, ya que todos los otros discursos (clásicos o modernos, como intentamos señalar) la reducen, con coartadas, precisamente, jurídicas, éticas, metafísicas. Freud, por el contrario (y acá sigue siendo pilar el texto del '20) sin coartada se volcaría hacia la crueldad, la pulsión del mal por el mal, ya que sin “sin coartada” el mal no se puede encarar. Basta desde ya entonces preguntar: ¿hay un más allá de la pulsión de muerte?

Derrida acomete esta tarea de pensar un más allá como tarea política señalando esa vía abierta por el psicoanálisis freudiano, ya que de forma general, el psicoanálisis aún no deconstruye el fantasma teológico de la soberanía que opera a través de axiomas éticos-jurídicos, etc. Y que resisten al psicoanálisis. La pregunta será entonces ¿hay, en cuanto a lo político, a lo geopolítico, a lo jurídico, a lo ético, consecuencias, o al menos enseñanzas a obtener de la hipótesis de una irreductible pulsión de muerte? ¿Hay un más allá de la pulsión de muerte? ¿Puede poner fin un derecho a la pulsión de muerte? Freud quiere, como precisa Derrida, acabar con la crueldad, pero ya ha constatado la pulsión de muerte. Lo que volvería tal erradicación una ilusión. Si la crueldad no tiene fin, solo habría grados de crueldad. Pero, a la par, para Freud, habría un término oponible que sería *Eros*. Así, destaca Derrida, para combatir indirectamente la guerra, por ejemplo, Freud hace operar por una parte a *Eros* y, por otra parte, una restricción de la anarquía de las pasiones, a través de una dictadura de la razón.

Es precisamente en el análisis de estos gestos freudianos que señalan un combate indirecto a la crueldad bélica, diseñados a partir de las aporías de *Más allá...* que Derrida se detendrá para extraer a lo menos dos consecuencias. Y es que, por una parte, observa en Freud en ese “indirecto” combate a la guerra un salto a la ética, un hiato, y, por otra parte, el hecho evidente de que se sigue en Freud arraigando la vida.

Para Derrida, la indirección de ese “indirecto” señalado por Freud pasaría por el otro, por la alteridad infinita que revela el decir o afirmar el *tal vez*, el porvenir. Se trata del acontecimiento como aquello allende lo apropiable, de toda principialidad y que, en su afirmación, revela una responsabilidad infinita. Esta figura del incondicional imposible es la llegada incondicional del otro que subvierte toda presencialidad, toda oposición y certeza. “Después de Freud” significa pensar esta llegada del otro, del acontecimiento, sin coartada. Detallemos mejor

este pasaje, que es al fin el pasaje que excede la apropiación.

Esa figura de la apropiación es analizada en distintos lugares por Derrida. En *La tarjeta postal* Derrida señala:

(...) esta fuerza (el poder pulsional) del carácter se escribe como una fuerza. Pero también y a priori contra otra fuerza, venida de fuera, una contrafuerza. La fuerza de inscripción organiza el campo en una red de diferencias de fuerzas. El ser vivo no es otra cosa que esta diferencial (Derrida, 1986, p. 334).

Ya se ha señalado que las pulsiones parciales evitan el retorno a lo inorgánico que no sea inmanente: hay que alejar lo no propio, pero, como se sabe, lo propio es la muerte.

Se podría destacar así, como indica Derrida, que el movimiento de reapropiación es la pulsión más pulsiva. La economía freudiana es esta economía de la muerte como ley de lo propio donde se produce un puro diferir que no son otra cosa que rodeos de la muerte, de la amenaza mortal. Es esta égida la que permite mentar en Freud lo propio como autotanatografía, escritura de sí, escritura de uno como tal que, en el mismo gesto excede ese *como tal*, su presentación, como rodeo de la muerte y que permite destacar a Derrida el hecho de que es el proceso de exapropiación el que estructura al principio de placer, donde el principio de placer sería una tendencia al servicio de una función más general.

Es destacando el gesto freudiano, la factura del *Más allá...* donde Derrida encontrará los motivos sobresalientes del proyecto general. Y es que el motivo del dominio que hace manifiesta una pulsión de pulsión o la pulsionalidad de la pulsión y que dimana del ligar parece hallarse, tras los rodeos freudianos, siempre en una lógica de lo imposible, a la vez, lógica no dialéctica o no oposicional, ya que autodestructiva, rompería una vinculación directa o inmediata entre los principios y toda principialidad.

El rasgo así destacado es esa inestabilidad de la tanatografía que abre la vía a una lógica de lo imposible, del acontecimiento por llegar, más allá de toda oposición. Y es con el texto del '20 que se hace manifiesta la instalación de ella como destitución de todo sujeto, instalación al fin de un sujeto dividido, de “un sujeto que instala progresiva, laboriosa, siempre imperfectamente, las

condiciones estabilizadas –es decir, no naturales, esencialmente y para siempre inestables– de su autonomía: sobre el fondo inagotable e invencible de una heteronomía”¹⁰.

Es lo que revela autorreferencialmente el texto *Más allá...* a través de sus rodeos cuando se sabe que todo saber es de igual modo deseo de apropiación.

Para concluir es preciso destacar que, de entrada, sometimos una inspección de ciertos cuestionamientos en el texto freudiano *Más allá...* Si se observa, cada uno de ellos, a saber, el cuestionamiento por la subjetivación tanatográfica, el cuestionamiento por el patrimonio inconsciente y el cuestionamiento por los preceptos ético-políticos, podría fácilmente distribuirse alrededor de los ejes temáticos que opera la deconstrucción en su relación con Freud. Fundamentalmente se podrían aunar sus compromisos en un texto como *Mal de archivo*, donde es precisamente puesta en tela de juicio la transmisión de un legado o patrimonio inconsciente, pero, además, la subjetivación, la escritura de sí, tras ese rasgo maldito que hemos querido destacar como inscripción de la pulsión de muerte.

Al final, lo que parece destacar Derrida en Freud, a través de las múltiples desestabilizaciones que se encuentran en ese, como le gusta señalar, “texto tan enigmático” como *Más allá...* es, si bien reconociendo críticamente su dependencia de cierta textualidad ontoteológica, un sobrepasamiento de sus márgenes ahí donde la pulsión de muerte no se puede reificar o hipostatizar y se analiza de acuerdo a una lógica diferencial en la que destaca como figura abismal de pura desapropiación y ruptura de principialidad.

Después de haber afirmado que es preciso radicalizar el concepto freudiano de huella y extraerlo de la ontoteología logofalocéntrica (sobre todo de sus conceptos: consciencia, memoria, inconsciente, realidad, percepción), Derrida (1989a) indica que esta huella es el borrarse de sí mismo y este borrarse no es otra cosa que “la muerte misma”¹¹ (p. 315). Un doble gesto entonces también destacado en *Mal de archivo*. Todo aquello que en Freud remite a una teleología o a una sustanciación, de la pulsión o del principio, debe ser a la par destacado con ese gesto de borradura de la *arquía* que es también señalado por la firma freudiana, abriendo otra lógica, lógica de lo imposible. Todo aquello que remita a la ley de lo propio debe ser destacado a la par con esa desapropiación que da a señalar, con la pulsión de muerte descrita a través de sus estratificaciones y desvíos, justamente una lógica del desvío o diferencial como momento de *Más allá...* contra toda reificación.

Habría que meditar en torno a una exapropiación originaria que, como tal, equivale a no originaria, que no hace unidad consigo y que abre, más allá de toda economía la llegada del otro y del acontecimiento. Freud habría contribuido a eso al inscribir la pulsión de muerte que aquí toma la figura del exceso, de toda principialidad y presencia plena. Quedan preguntas por hacer, no solo con otras corrientes del psicoanálisis, para romper el *logos*-uno, y sobre todo como Lacan, o un detalle de las aporías de Foucault, sino un análisis más exhaustivo de otros motivos y operaciones freudianas para extender su dimensión política. Sin embargo, ya hemos dado un paso.

Referencias

- Bennington, G. (1994). Derridabase. En G. Bennington & J. Derrida, *Jacques Derrida*, (pp. 121-213). trad. M^a Luisa Rodríguez Tapia, Madrid: Cátedra.
- Strachey, J. (1992). Nota introductoria a Freud, Sigmund: Más allá del principio de placer. En *Obras completas*. Vol. XVIII, (pp. 3-6). Buenos Aires: Amorrortu.
- Derrida, J. (1986). *La tarjeta postal. De Freud a Lacan y más allá*. México D. F.: Siglo XXI.
- (1989a). Freud y la escena de la escritura. En *La escritura y la diferencia*. (pp. 271-317). Barcelona: Anthropos.
- (1989b). La Différance. En *Márgenes de la filosofía*. (pp. 37-63). Madrid: Cátedra.
- (1997). *Mal de archivo. Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.
- (1998). Ser justos con Freud. La historia de la locura en la edad del psicoanálisis. En *Resistencias del psicoanálisis*. España: Paidós.
- (2003). Elogio del psicoanálisis. En *Y mañana qué...* (pp. 181-211). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1992a). Más allá del principio de placer. En *Obras completas*. (pp. 7-62) Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1992b). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas*. (pp. 67-136), Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Revault d'Allones, M. (2005). Pulsiones de muerte e intratable socialidad. En *La pulsión de muerte: Entre psicoanálisis y filosofía* (Michel Plon & Henri Rey-Flaud eds.). (pp. 33-39). Buenos Aires: Nueva Visión.

Cosentino, J.C. (1992). Capítulo I de Más allá del principio de placer. En *Puntuaciones Freudianas de Lacan: Acerca de Más*

allá del principio de placer (J.C. Cosentino & D.S. Rabinovich compiladores). (pp. 7-25). Buenos Aires: Manantial.

Notas

- ¹ G. Bennington ha señalado que Derrida habría escrito incluso más acerca del psicoanálisis que de la lingüística, opinión que puede servir de indicio para evaluar la enorme tarea de problematizar el psicoanálisis y la deconstrucción que, como se sabe, llegó incluso a señalarse, aunque viendo solo “apariencias”, como un “psicoanálisis de la filosofía”. (Cfr. Derrida, 1989a, p. 271).
- ² Se trata de objeciones al principio de inercia neuronal atendiendo a tres consideraciones: la ley de conservación de la energía, la termodinámica y, finalmente, la homeostasis.
- ³ Derrida ha señalado que cuando Freud hace uso de *Das Unheimliche* se revela siempre una indecibilidad radical en la axiomática (Cfr., Derrida, 1997, p. 54).
- ⁴ Por lo menos cabe consignar el aviso de Freud, en *Psicología de las masas y análisis del yo*, de que no hay que forzar la distinción entre análisis individual y social.
- ⁵ Puede detallarse un análisis de este problema en el ensayo de Myriam Revault d’Allones “Pulsiones de muerte e intratable socializad” en *La pulsión de muerte: Entre psicoanálisis y filosofía* (Michel Plon & Henri Rey-Flaud eds.), 2005, pp. 33-39. Buenos Aires: Nueva Visión.

- ⁶ Se sabe que el diálogo entre Hobbes y Aristóteles es un diálogo entre sordos, de acuerdo precisamente a un problema de traducción (*physis*) que nos detendría demasiado en nuestro propósito.
- ⁷ Myriam Revault d’Allones, “Pulsiones de muerte e intratable socialidad”, *op. cit.*, p. 39.
- ⁸ En una perspectiva clásica-lacaniana puede leerse este pasaje. Vid. Juan Carlos Cosentino, “Capítulo I de Más allá del principio de placer”, en *Puntuaciones Freudianas de Lacan: Acerca de Más allá del principio de placer* (J.C. Cosentino & D.S. Rabinovich compiladores). (1992). pp. 7-25. Buenos Aires: Manantial.
- ⁹ Derrida, J. (2005). *Estados del ánimo del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, apartado titulado “Sin coartada”.
- ¹⁰ Derrida, J. (2003). Elogio del psicoanálisis. En *Y mañana qué...* (pp. 181-211). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ¹¹ Derrida, J. (1989a). Freud y la escena de la escritura. En *La escritura y la diferencia*. (pp. 271-317). Barcelona: Anthropos.